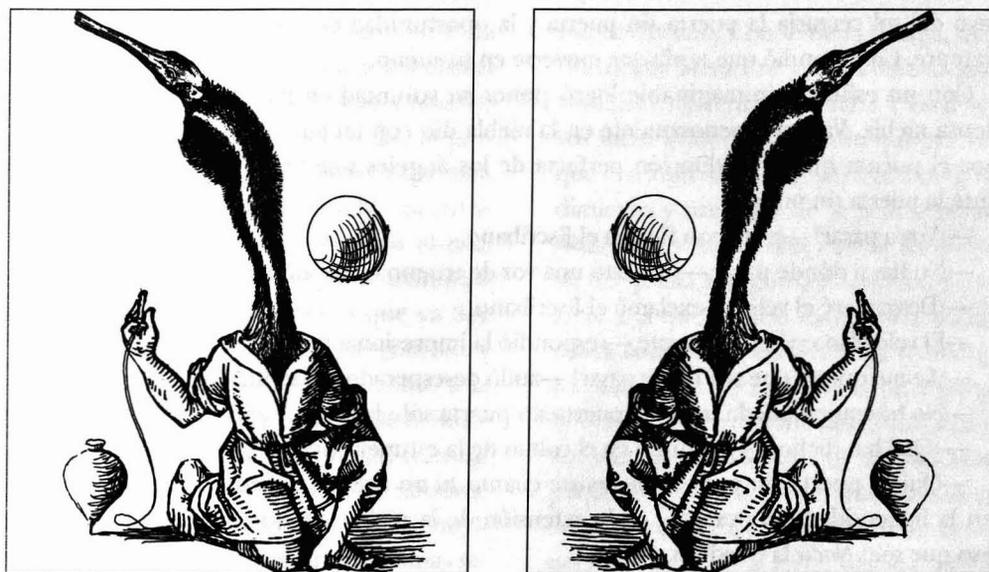


El sueño del escribano



El Escribano tuvo un sueño esa noche donde todo estaba en foco: vio con absoluta claridad a tres ángeles armados, con alas de colores, investidos con bellísimas armaduras doradas. Los tres volvían de una larga patrulla nocturna.

El Escribano vio que los ángeles procedieron a levantar una tienda en medio del desierto. Comprendió en el acto que se trataba de unos custodios de la puerta sin puerta. Sus emblemas, su aspecto impecable y sus alas así lo indicaban.

Como todas las noches los ángeles custodios se dieron prisa en armar la tienda, pues sabían que al amanecer alguien podía morir si el primer rayo del sol tocaba a la puerta sin puerta antes de que se consumara el milagro del paso.

Por cierto que la puerta era invisible. Una puerta en medio del desierto que sólo los ángeles podían ver. Ningún ser humano la había visto jamás. Pero el Escribano —en su sueño— logró lo que ningún ser humano había logrado: ver la puerta sin puerta en el desierto.

Y es que un hombre que logra soñar todo en foco no es —en un sentido estricto— propiamente un hombre. Es algo más que un hombre. Es un pequeño dios en potencia. Pero no es un demiurgo, no es un Dios. Si acaso, un ensayo general de pequeño dios.

Cuando los ángeles guardianes terminaron de alzar la tienda, uno de ellos —Ael, de las alas azules— sintió una extraña fragancia en el aire. No era un aroma del desierto. Había algo frío en él; algo plateado. Parecía venir de muy lejos...

De pronto sintieron llegar una tenue sombra desde la dirección de la puerta. Como no había una sola nube en el cielo, y tampoco aves en el aire, al instante los tres ángeles comprendieron que un ser humano había visto la puerta sin puerta.

—Más vale que quien la haya visto cruce la puerta sin puerta de inmediato —dijo Bel, de las alas amarillas— porque el sol está ya por despuntar, y su primer rayo puede ser fatal si no se ha consumado el paso. Lo que no entiendo es cómo ha podido pasarnos inadvertido.

El Escribano comprendió como se comprende en estos sueños, que los ángeles evidentemente se referían a él. Y entendió por qué no lo habían visto, y quién era la tenue sombra que pasaba, y el aroma plateado que venía de muy lejos.

Entonces el tercer ángel —Cel, de las alas rojas— dijo:

—Tenemos que construir un puente con la primera claridad de la madrugada y sostenerlo batiendo nuestras alas para que aquel que ha visto la puerta sin puerta pueda cruzarla antes del alba.

Ael de las alas azules puso en orden su respiración y así pudo parar el mundo por un momento.

Bel de las alas amarillas emitió un largo sonido que se cristalizó en un largo y elegante puente.

Cel de las alas rojas hizo un llamado a los cuatro vientos para anunciar que todo estaba listo.

El Escribano atendió el llamado. Supo con el corazón que en brevísimo tiempo el primer rayo del sol cerraría la puerta sin puerta y la oportunidad de oro se habría perdido para siempre. Comprendió que tenía que moverse en su sueño.

Con un esfuerzo inimaginable logró poner su voluntad en marcha en medio de una densa niebla. Vagando penosamente en la niebla dio con un puente. Bajó con lentos pasos por el puente que la meditación perfecta de los ángeles sostenía y se plantó firmemente ante la puerta sin puerta.

—¡Voy a pasar! —gritó con fiereza el Escribano.

—No hay a dónde pasar —contestó una voz de trueno en las alturas.

—¡Desgarraré el velo! —exclamó el Escribano.

—El velo sólo está en tu mente —respondió la impresionante voz.

—¡Como quiera que sea he de pasar! —aulló desesperado el Escribano.

—No hay quien pueda pasar: la puerta sin puerta sólo la cruza *Nadie* —sentenció la voz.

—¿Qué has dicho? —preguntó en el colmo de la estupefacción el Escribano.

—Que la puerta sin puerta sólo existe cuanto *tú* no existes. Cuando *tú* has sido disuelto en la inmensidad del desierto, en la extensión de la niebla, en el sueño del sueño. Es por eso que sólo *Nadie* la puede cruzar.

Al improbable diálogo siguió un largo silencio.

Con los primeros visos de luz los ángeles se despojaron de sus armaduras y guardaron sus armas en la tienda. Una luz dorada iluminó sus alas y un suave viento desprendió algunas plumas de colores. El espíritu de los tiempos pudo cruzar de la noche al día.

Al despertar, el Escribano recogió las plumas azules, amarillas y rojas que flotaban en el cuarto.

Con ellas escribió esta historia. ◇

